

El teléfono

Ahí está, agazapado,
con su oído despierto
a una voz desvelada.

Se acurruca en su almohada nocturna; pero siente
el respirar del tiempo y el latido del mundo.
Está erizado de alas, de tensiones;
todo el orbe sonámbulo
está atado a su vientre,
cordón umbilical del ansia y el acaso.

Parece un grillo muerto y está vivo.
Si quiero, se despierta
y al instante me lleva a otros lugares,
remotos, donde el viento
se enreda en los cipreses y musita la lluvia.

Si quiero, ella me escucha;
le diría tan sólo que la amo
aunque nunca me decida a llamarla.

Desde la otra orilla,
se doblaría en mi pecho;
sería un lenitivo saber que ella me espera,
en el mismo camino, sin saber si regreso.

Podría, si quisiera, caminar por la nieve,
subir la cumbre arisca de su amor dolorido,
beber en el arroyo todo el cielo de golpe,
y besarla en la hierba por una eternidad.

Podría en esta tarde decirle que la quiero,
que sólo cuando se ama se escapa de la muerte,
que el pasado nos mira,
que nada existe, mientras
no la tenga a mi lado.

También podría decirle
que la espero, que espere;
pero me falta el ánimo
de tomar el teléfono...

Y me quedo por siempre
solitario en el mundo,
muerto definitivamente
sobre la triste arena...